

PERPLEJIDADES Y CERTEZA²³³

El misterioso y doloroso “aguijón de la carne” de san Pablo, la ley del pecado” que lucha contra la de 1a razón” y “encadena” al Apóstol; la situación de sus hermanos, los de su raza según la carne”, infieles aunque poseedores de las promesas, y por quienes Pablo deseaba ser “anatema”: estos tres dolores incesantes del Apóstol simbolizan el triple contencioso del mal, del pecado y del sufrimiento que viene a oscurecer perpetuamente nuestras relaciones con Dios y a tornar “tensa la situación” como dirían los periodistas.

Es verdad que san Pablo no permite que el escándalo saque ventaja. Cuando Pablo se queja por su dolor, el Señor Jesús le responde: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza” (2 Corintios 12,7-9). A la pregunta llena de ansiedad acerca de la división que lo desgarrar: “¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?”. Pablo responde ya proclamando su liberación: “¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo Nuestro Señor!” (Romanos 7,23-25). Por fin, en el dolor que le produce la infidelidad de sus hermanos, Pablo apela también a Jesús y proclama la divinidad de ese Cristo “nacido de Israel según la carne, Dios bendito por los siglos” (Romanos 9,3-5). Sabe, en efecto, que “poderoso es Dios para injertar de nuevo a sus hermanos en su propio olivo... pues los dones y la vocación de Dios son irrevocables” (Romanos 11,23-25).

En primer lugar, tenemos el *slogan*, repetido con demasiada frecuencia, ya ingenuamente, ya como un pretexto para no pasar más allá, y a veces, también como una cuasi-evidencia ante el mal que tritura a alguien sin piedad: “Si Dios existiese no permitiría esto...”. Es la forma más simple de proponer el problema. Pero, como dice C. S. Lewis con respeto, profundidad y su peculiar sentido del humor: “Sólo es posible responder a esto si se demuestra que las palabras “bueno” y “todopoderoso” y tal vez también la palabra “dichoso” contienen un equívoco, pues hay que reconocer en seguida que si el sentido popular que se da a estas palabras es el mejor o el único posible, entonces el argumento es irrefutable”²³⁴.

Además del *slogan*, está la angustia que estrecha al hombre, cuando, siguiendo el consejo de Jesús, se sienta a reflexionar. De todas las cartas que he recibido con motivo de la publicación de los álbumes de *Fêtes et Saisons*, una de ellas –la menos agresiva– me ha resultado siempre la más desgarradora. Proviene de un hombre, un joven maestro de escuela y expresa con discreción conmovedora esa angustia metafísica:

“Tenemos una nena de seis meses, es la tercera. Es motivo de alegría y de felicidad para toda la familia. Al mirarla, uno agradece espontáneamente a Dios por su bondad infinita. Pero, cuando contemplo a mi pequeña Michèle, frecuentemente se me oprime el corazón al pensar qué desdichas esperan, acaso, a esta inocente: la guerra, la enfermedad, un marido indigno, tal vez... Dios mío, ¿es necesario que sea así en tu bondad infinita? ¿Por qué tantos pobres trajinan día y noche sin un rayo de esperanza?”.

¿Y qué decir cuando, frente a esta inocente Michèle, a quien aguardan tal vez tantos sufrimientos, se topa uno con la arrogancia de esos indiferentes a Dios - los “insensatos” de los Salmos, a quien todo les sale bien...?

Brota la pregunta de todos los tiempos:

²³³ Este texto fue publicado en la revista *Résurrection*, n. 40

²³⁴ *Le problème de la souffrance*, Paris, D.D.B.

“Celoso como estaba de los insensatos,
 al ver la paz de los impíos.
 No, no hay congojas para ellos,
 su cuerpo está sano y rollizo;
 no comparten la pena de los hombres,
 con los humanos no son atribulados.
 Por eso el orgullo es su collar,
 la violencia el vestido que los cubre.
 ... Se sonríen, pregonan la maldad,
 hablan altivamente de violencia;
 ponen en el cielo su boca,
 y su lengua se pasea por la tierra.
 ... Dicen: “¿Cómo va a saber Dios?
 ¿Hay conocimiento en el Altísimo?”.
 Miradlos: esos son los impíos,
 y siempre tranquilos, aumentan su riqueza”
 (*Salmo 73,3-12*).

Jeremías torna la discusión más grave aún, cuando los que obran mal se declaran por Dios:

“Tú llevas la razón, Yahvé, cuando discuto contigo; no obstante voy a tratar contigo un punto de Justicia.
 ¿Por qué tienen suerte los malos, y son felices todos los felones? Los plantas y en seguida arraigan, van a más y dan fruto. Cerca estás tú de sus bocas, pero lejos de sus corazones” (*Jeremías 12,1-2*).

A este escándalo del sufrimiento o de la felicidad “injusta” el hombre de Dios jamás encontró una respuesta fácil. Así, Job se extraña:

“Pues todo es lo mismo, y por eso digo: él extermina al intachable y al malvado. Si un azote acarrea la muerte de improviso, él se ríe de la angustia de los inocentes” (*Job 9,22*).

De igual modo, frente a este “arraigamiento” en el bienestar de los obreros de la nada, Job vuelve a clamar contra su Dios: “arranca como un arbusto mi esperanza” (19,10).

La peor traición que puede cometer un cristiano en este terreno es recurrir, de labios para afuera, a un optimismo fácil. Los santos no hablan así, ni los místicos, aun cuando estén perdidos en el raptó de la Esencia Divina, que contemplan en la noche sabrosa de la fe iluminada por los dones del Espíritu Santo. María Antonietta de Geuser reunía en una hermosa figura esta entrada simultánea en el sufrimiento, la paz y el amor: “Un mar de sufrimientos bajo el cielo magnífico y luminoso de la más pura contemplación”²³⁵.

Pero de esto, sólo los santos tienen derecho a hablar. El común de los hombres no puede ver en ello más que absurdo. Frente al mal que inunda el mundo, el cardenal Journet nos invita a “salir del absurdo para penetrar en el misterio”. Sabe que la definición metafísica del mal como un “no ser”, aunque tan profunda en sí misma despista al común de la gente. Y entonces, mediante una imagen, nos pone en una pista capaz de abrirnos a un horizonte ilimitado, no un adormecedor sino el presentimiento de una verdad más alta: el mal, el sufrimiento, el pecado, son la parte inferior de una esfera. Y nosotros vemos sólo esa parte. A veces adquiere proporciones terribles y se clava tan profundamente en nuestra humanidad que perdemos pie y valor. Pero esta inmensa curva que vemos y nos traspasa, debemos restituirla a la esfera total, cuya parte superior –invisible a nuestros ojos pero verdadera– está en Dios. Cuanto más crece la

²³⁵ RIMAUD et VACHEZ, *De Marie-Antoinette de Geuser à Consummata*, p. 125.

curva y se nos acerca, tanto más y proporcionadamente, se levanta la otra mitad hacia arriba. Dios no permite el mal sino porque de él saca un bien mayor. “Aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso” (*Génesis* 50,20). Es esto lo que José, figura de Jesucristo, explica a sus hermanos. La presencia de Jesús es la única respuesta, pero decisiva, entre el abismo (finito) del mal y el abismo (infinito) del amor de Dios.

Pero, para entrar en este misterio y presentir la mitad superior de la esfera, donde se halla la liberación, para que nos liberemos, es menester ante todo que reconozcamos en nosotros mismos, antes de denunciarlo fuera de nosotros, la presencia insidiosa del pecado en todos los rincones de nuestro ser más personal y de nuestro obrar. ¿Podríamos acaso ser liberados si no reconocemos que estamos prisioneros? ¿Podríamos ser salvados, si no nos hemos perdido?

Bien lo sabe el salmista: sólo los que se perdieron en el desierto, los cautivos del hierro y de la miseria, los enfermos que están a las puertas de la muerte, los navegantes en medio de la tempestad que “ruedan y se tambalean como borrachos y a quienes no les vale su pericia”, sólo esos gritan de veras al Señor para que “los libre de su angustia”. Sólo ellos también, una vez que han recibido el socorro y han sido “conducidos al ansiado puerto” serán capaces de “dar gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres” (*Salmo* 107). Si estos gritos no brotan de lo más hondo de nuestra experiencia son tan sólo palabras y literatura. Sin embargo, cada uno de nosotros lleva en sí, exactamente como esos desdichados de que habla el salmo, los materiales, o digamos mejor, la materia prima que le permitiría entrever el abismo de miseria susceptible de arrojarle en Dios. Entonces, ¿por qué reconocemos tan poco nuestra perdición y nuestra liberación?

La tentación permanente del hombre se torna hoy más apremiante porque no sabemos ya distinguir el bien del mal. Si existe algún dogma que resulte más cierto Y, por decirlo así, verificado más frecuentemente que la ley de la gravitación universal, ese dogma es el del pecado original, nuestra pretensión de “ser como dioses y de conocer por nosotros mismos el bien y el mal”. De ello, el ejemplo más típico, multiplicado hoy por todos los *mass-media*, es el del “amor”: el hombre que abandona a su mujer y a sus hijos por una amante cualquiera no llega a creerse culpable. “Dígase lo que se quiera, un ser que ama no llega a creerse criminal. Evidencia interior más fuerte que todo razonamiento. Al pecador, continúa Mauriac, aún los sufrimientos inseparables de su amor, le parecen redentores. Vivimos en esa Idea romántica del amor que es siempre santo e inocente, porque es el amor”²³⁶.

Lo mismo ocurre con todos los demás pecados nuestros: amor de las riquezas o del poder... Los criminales de guerra de todas las épocas y los tiranos más sanguinarios, desde el Faraón del Éxodo hasta los más recientes, no piensan de otro modo: frente al bien que han declarado supremo, pisotean todos los demás. Ni siquiera los niegan, simplemente no los ven.

A este drama, al que desde Adán nadie escapa, se añade hoy otra grave dificultad: la conducción de nuestra vida ha sido entregada a los códigos más contradictorios. Mientras la legislación multiplica las normas para el tránsito de automotores, rayas blancas y amarillas, carteles, mano única y flechas, en moral, en cambio, existe empeño en borrar toda regla y principio: las seculares distinciones de los manuales, tratados, pnetotécnicas, con sus divisiones y subdivisiones son ahora arrebatadas y barridas, sin transición alguna, por la contestación y los tabús que caen.

A esas reglas antiguas de moral, que tal vez se habían tornado por demás seguras de sí mismas, sin matices, a pesar de su multiplicidad, y, en todo caso, desecadas en su lógica demasiado escolar, he aquí que se oponen, nuevas y explosivas, las fuerzas de vida que brotan, como *geysers* no embalsados, de lo más íntimo del hombre.

²³⁶ MAURIAC, *Souffrance et Bonheur du Chrétien*, p. 35.

Abundan los ejemplos: a la “norma” del celibato eclesiástico, con sus precisiones-precauciones canónicas, se oponen hoy las afirmaciones de los sacerdotes casados sobre la fascinante maravilla de su amor recientemente descubierto.

A las precisiones fisiológico-minuciosas de los teóricos de ayer sobre el matrimonio *ratum non consummatum* se oponen ahora las seductoras proposiciones sobre el matrimonio “que no se consuma en una noche” sino que requiere varios meses de vida conyugal para que el sacramento recaiga sobre una realidad: un amor apto para ser por él transformado y por lo tanto indisoluble.

A las exigencias de la ley natural se oponen las innumerables afirmaciones de las “ciencias humanas”, con sus exigencias y su fecundidad: de aquí que sean cuestionadas nuestras imágenes mentales y personales y un vértigo acometa al sacerdote y al cristiano. ¿Qué hacer entonces? ¿Atrincherarse en la testarudez, o soltar todo y dar un salto en el vacío?

Precisamente, ahora, es la Palabra de Dios, toda la Escritura, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*, la salida urgente e inmediata: tanto el laberinto de lo permitido y de lo prohibido, como la ausencia de toda norma, son dos lazos en los que pierde el hombre el sentido de su existencia y de su grandeza. ¡Qué abismo entre estas actitudes y la de Jesús: “Arráncate los ojos, córtate la mano o el pie si son para ti ocasión de caída” (*Mateo* 18,8-9). El Señor conoce, en efecto, “lo que hay en, el corazón del hombre”. No se pierde en el dédalo de refugios y subterfugios, y menos aún en una moral “de la selva”. Nos enfrenta con el absoluto. Sólo la dimensión evangélica es suficientemente poderosa “para que todo nuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de Nuestro Señor Jesucristo” (*I Ts* 5,23). Contra los gnósticos de todas las épocas no se da en Jesús rasgo alguno de lo que permitiría al mismo tiempo afirmar el “Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial” y quedarse luego tan cómodo y tranquilo. Contra los montanistas (rigoristas extremos), ninguna dureza con el pecador a quien Dios es el primero en aplicar la regla del perdón setenta veces siete.

San Pedro, san Pablo, Santiago, san Juan, san Judas no hablan de otra manera. Lo que torna legítimas las exigencias más ásperas es la grandeza del hombre, pero sólo Dios puede decir en qué reside esa grandeza: “¿No sabéis que sois un templo de Dios?” (*I Co* 3,16-17).

¿Por qué mantener la castidad contra viento y marea?

“Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os alejéis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo (el propio y el de su mujer) con santidad y respeto y no dominado por la pasión como hacen los gentiles que no conocen a Dios... pues no nos llamó Dios a la impureza sino a la santidad” (*I Ts* 4,3-8).

Lo mismo para cualquier otra exigencia evangélica: el amor fraterno inseparable del amor del Padre, la justicia inseparable de la misericordia, el perdón de las ofensas unido a la corrección fraterna, la verdad inseparable de Aquel que dijo: “Yo soy la Verdad”, el “sí” que sea “sí”, el “no juzguéis”; el dinero a quien no se puede servir al mismo tiempo que al Señor, el rechazo de la hipocresía para “ser bien visto por los hombres”, la autenticidad de la vida a los ojos de Dios “que ve en lo secreto”... cada una de estas exigencias lleva en sí el dinamismo de gracia que permite alcanzar la grandeza propuesta, que sobrepasa en mucho nuestro propio comportamiento.

Ciertamente habrá distinciones: una es la castidad conyugal y otra la castidad consagrada. Pero ambas mueren si se las separa de sus raíces evangélicas.

Frente al vértigo de hoy que ya no sabe dónde está el mal, después de haberlo visto ayer al acecho en todas partes, la liberación del pecado es posible en nuestra vida cotidiana sólo por un

recurso incondicional a la Palabra de Dios “más cortante que espada alguna de dos filos” que penetra hasta lo más profundo de nosotros y pone al desnudo y al descubierto (*Hb* 4,12-13). ¿Será necesario que las actualidades de *Jesus Revolution* (cf. n. 38, *Dieu-Trinité*, pp. 159-166) sean las que nos recuerden que hay que tomar en serio la Palabra de Dios?

Hay todavía otra razón que nos dificulta reconocer nuestra perdición, y por lo tanto también nuestra liberación.

Es muy ridículo hablar de la dimensión social del hombre como de una novedad recientemente descubierta. Aristóteles no esperó al siglo XX para alabar la suprema grandeza del *homo politicus*. Pero lo que es cierto es que la enorme importancia –y a justo título– que esta dimensión ha alcanzado hoy, nos hace olvidar el destino totalmente personal e inalienable de cada hombre. Y eso es lo que debe ser sanado, liberado, exorcizado perpetuamente en nosotros. La dimensión nueva de la humanidad, la “una sola tierra” donde todo en adelante es vivido en común, ha desviado nuestra atención de ese otro universo donde, sin embargo, se juega el destino decisivo de cada uno.

Proféticas estas palabras de Newmann que datan de 1850, en las cuales él afirma que la Iglesia obra primero en el corazón del hombre, y que su enemigo es lo que viene a debilitar “las fuerzas vivas que brotan de lo profundo del corazón”.

«El mal, dice el mundo, es todo aquello que me hiere, todo lo que empaña mi gloria, todo lo que turba mi paz. El orden, la tranquilidad, el bienestar general, la abundancia, la prosperidad, los progresos en las artes y en las ciencias, la literatura, la elegancia, el lujo, he ahí mi “reino milenar”, o más bien mi Eliseo (...). Ahora bien, la Iglesia piensa y obra en un sentido diametralmente opuesto. Ella toma en consideración no el todo sino las partes (...). Los individuos ocupan el primer lugar en su corazón; la sociedad viene en segundo lugar. Ella mira al pensamiento, al motivo, a la intención y a la voluntad mucho más que a los actos exteriores: dirige su mirada más allá del mundo. No conoce otro mal que el pecado, y el pecado es algo personal, consciente, voluntario; no conoce otro bien que la gracia, y la gracia es también algo que sucede en el alma del individuo...»²³⁷.

A quienes tachasen esta afirmación de anticuada y encontrasen que la insistencia de Newmann es “muy poco política”, él mismo les responde²³⁸.

No es cuestión de individualismo ni de arcaísmo. Soljenitzine no habla de otra manera hoy, en un régimen socialista:

“Hay que considerar los deberes del escritor no sólo desde el punto de vista de sus obligaciones para con la sociedad sino también desde el punto de vista de sus deberes hacia cada hombre: y esa es, finalmente, su obligación principal. La vida del individuo no siempre es conforme a la de la sociedad. El escritor no tiene menos deberes para con el individuo que para con la sociedad”²³⁹.

A todo esto da Jesús una respuesta que las contiene a todas: “¿No comprendéis (...) que lo que viene de dentro del corazón, eso es lo que hace impuro al hombre? Porque de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias” (*Mateo* 15,18-19). Notemos de paso que se trata de virtudes eminentemente sociales pero que salen de lo más profundo de cada hombre, del hombre interior...

²³⁷ NEWMANN, *Pensées sur l'Eglise*, Paris, Cerf, p. 291.

²³⁸ *Ibid*, pp. 295-296.

²³⁹ *Les Droits de l'Ecrivain*, Paris, Seuil, pp. 19-20.

Se podría alargar la lista de las razones que tornan ciegos nuestros ojos y sordos nuestros oídos a nuestro verdadero destino y contra las cuales tropiezan el sacerdote en su propia vida y aquellos que lo atacan, lo interrogan o le suplican una respuesta de vida. Pero de lo que estamos seguros es que una vida a lo cristiano no puede nacer sino después de haber pasado por la muerte. La Pascua de Egipto, el paso del Mar Rojo, el éxodo, el exilio en Babilonia, el grano que muere para dar fruto, el varón de dolores, en una palabra, Jesús: “era necesario que padeciese para entrar en la gloria”, he ahí mucho más de lo que hacía falta para convencernos acerca del Misterio de Pascua.

Pero demasiadas son las voces que se elevan de todos lados a la vez y nos impiden escuchar. En el seno mismo de las que se declaran a favor de Jesús la discordancia no, es menos fuerte. El “pozo del tumulto”, nombre del infierno en los Salmos, abre sus fauces junto a nosotros. Cada uno propone un tipo de liberación apropiado al tipo de pecado en el que se ha especializado y del que ha hecho “el” pecado único.

“¿A quién iremos?”, repetimos con el Apóstol Pedro, y aun cuando agreguemos “tú tienes las palabras de vida eterna”, no hemos avanzado ni un paso ante tan diversos Cristos como se nos ofrecen. Pero es el mismo Jesús quien nos ha prevenido: “Entonces, si alguno os dice: Mirad, el Cristo está aquí o allí, no lo creáis. Porque surgirán falsos profetas... ¡Mirad que os lo he predicho!” (*Mateo 24,23-24*).

Lo que falta a todas estas voces no es ni la buena voluntad ni el deseo de obrar bien, sino la inteligencia del hombre que no está en condiciones de realizar una síntesis de todo lo nuevo y lo viejo que del tesoro de la humanidad, tan fecunda y tan inquieta al mismo tiempo sale a la luz en la actualidad. Y aquí interviene la certeza que libera, como decía Madeleine Delbrel: “Sólo la Iglesia es suficientemente fuerte para llevar el Evangelio sin tropezar”. La expresión “Fuera de la Iglesia no hay salvación” ha sido interpretada tan falsamente y de manera tan restrictiva – mientras Jesús vino a salvar a todos los hombres y su Iglesia tiene la misma amplitud– que apenas si uno se atreve a repetir esta frase. Sin embargo, es más verdadera que nunca: desde el momento en que uno se lanza en busca de Verdad, sólo la Iglesia es capaz de manipular las verdades nuevas integrándolas a las antiguas. Sólo ella es capaz de podar la viña, para que dé más fruto, y “un fruto que permanezca”. A veces anda más lentamente de lo que querríamos pero, en definitiva, ella es quien nos conduce a la Verdad total (*Juan 16,13*).

La Iglesia: ni tal obispo con quien tenemos afinidad, ni nuestra Iglesia nacional, o la de un país que elijamos, sino aquella que, misteriosamente una en todo tiempo, la *Katholikè*, se reúne en ciertos momentos en Concilio, aquella en la que el conjunto del Pueblo de Dios conserva el depósito de la fe, pero en la que el Papa, por voluntad de Cristo, es quien “confirma a sus hermanos” y “cuya fe no desfallece”. “A la roca demasiado alta para mí, dignate, Señor, conducirme”: tal es la última súplica del Apóstol, pero, por ella, la certeza surge de en medio de sus perplejidades.